

El hombre vallejiano

Aun a riesgo de caer en el tópico y desarrollar una argumentación a partir de frases gastadas hay, por fuerza, que referirse a la angustia existencial en la obra de César Vallejo. Podría decirse que fue la columna vertebral de su vida, sin dejar de lado otros aspectos que están vivos a cada paso de su verso. Vallejo fue un creador de múltiples preocupaciones, pero lo existencial era chispa que provocaba su maravillosa conflagración.

Existencia y vida son términos que aparentemente son sinónimos. En cuanto a lo temporal se refiere sí hay un paralelismo, pero si se piensa en el ser humano como algo eterno a través de todos los tiempos y que va turnándose por medio de sucesivas reencarnaciones, la diferencia es digna de analizar. No es que Vallejo fuese un defensor a ultranza de la transmigración de las almas o algo parecido ya que en ningún pasaje de su obra se aprecia esto de una forma tajante. Pero si se habla de Vallejo como un ser que en su obra planteaba una profundidad que iba siempre más allá de lo tangible, sí que hay en él ese continuo cavilar por la existencia. Vida que se convierte en más vida después del último suspiro. Esperanza como un seguro contra la fatalidad a la que el poeta se agarra en un intento de cerrar los ojos rechazando el destino inexorable. En el poema en memoria de su hermano Miguel los últimos versos...

Oye, hermano, no tardes
en salir. ¿Bueno? Puede inquietarse mamá.

... está acaso de forma demasiado evidente, ese ansia por prolongar la vida y sumirla por completo al concepto de la existencia. Lo que existe es algo que no puede morir por más que la fatalidad se empeñe en ello y la muerte no ha sido más que un accidente fácil de subsanar con una leve advertencia.

Y es que el hombre vallejiano —aquél que nace en sus poemas— es un ser completamente indefenso ante los designios del destino. Transita a todo lo largo, tanto en los ejercicios poéticos como en la prosa, el teatro y hasta en las cartas, dirigidas a personas tratando temas circunstanciales. Vallejo jamás pudo ser el ateo con el que en alguna oportunidad se le ha comparado; su relación con Dios es una continua interrogación, esa búsqueda que intuye estéril y amarga por la imposibilidad del encuentro, pero que es la única solución ante lo intangible. Es el momento cuando el hombre reta al Creador, no quedándole más remedio que reconocer en Él una criatura distinta a la siempre cultivada. Dios se equivoca o alguna entidad perversa lo mantiene prisionero —como creen los agnósticos— y de ahí el retorcido devenir de la humanidad. Y peor, en el momento en que el poeta encuentra definitivamente un fallo en la estructura de Dios:

Dios mío, si tú hubieras sido hombre
hoy supieras ser Dios.

Cálido reproche, reafirmación en esa sumisión que por muchos que sean los avatares de la vida continúa siendo fiel al Ser supremo del que se considera eterno vasallo. Humildad no sólo achacable a aspectos que puedan tener su raíz en el origen social o étnico. Si hay algo que Vallejo arrastró durante toda su vida fue el saber ser grande, cualidad jamás exportable en estereotipos vulgares o frívolos. Esa grandeza radica en el no contentarse con lo corto y superficial que pudiera significar la simple vida, desdeñando un más allá, eterno ciclo en el que están inscritas muchas vidas. En este caso la grandeza se convierte en un lujo que solamente unos pocos pueden ostentar.

Para Vallejo fue importante ir tras la esencia humana, una investigación que elaboraba a partir de sí mismo, paradigma que le servía de excelente antesala a la hora de centrarse en los demás. Y es que no podía partir de algún elemento simple y sin sustancia a la hora de preguntarse una y mil veces más por ese problema de la existencia. Angustia de la que constantemente quiere liberarse el poeta, acudiendo para ello a una acuciante mirada alrededor y descubriendo elementos que enmarcan a la vida humana más allá de lo metafísico. La política, el erotismo. He aquí dos asistentes presurosos del Vallejo angustiado que le transportan de un mito inasible a un logos al alcance de la mano. Ante pesarosa reflexión como,

golpes como el odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... yo no sé!

de *Heraldos Negros*, hay la vivificante fórmula de

retira la cicuta y obséquiame tus vinos

de «Nervazón de angustia», el poeta bascula en un universo de mundos del que se siente prisionero, busca y logra escabullirse para volver a caer en él, pues su sino es una luminosa maldición de la que seguramente se sentiría agradecido. Normal si se tiene en cuenta lo enamorado que César Vallejo estuvo siempre de su estética, no obstante lo mal pagado que estuviera. A cambio de belleza, joyas labradas y recamadas con palabras, la adversidad respondía con hambres, enfermedades y uno que otro proceso injusto.

Al Vallejo prisionero por lo existencial hay que sumar, o añadir, aquel encerrado en el recuerdo. Remate a todos sus desvelos, pues la existencia, la eternidad, el tiempo prisionero en ciclos, no es solamente el presente y el futuro infinito. El pasado es la base de lo demás y a él nos debemos de la misma manera como acudimos a un archivo. Vallejo llevaría consigo su comarca y el apego de sus huesos a los de su familia como un capital superior a la más jugosa de las herencias. Un hogar numeroso pero en el que todos sus miembros son importantes, le daría a Vallejo esa noción de universalidad por cada ser humano que respiraba su mismo aire. Aire que era común a todos, pues la visceralidad jamás encendió su pecho, llegando como máximo a sacrificar el buen hacer literario por la denuncia social.

Vallejo, como buen hijo de la vanguardia postsimbolista, hacía de elementos gráficos material con que expresar o afirmar fuerzas centrales de un tema. Es así, como en «Más allá de la vida y de la muerte», la sangre que queda pegada a su rostro después del beso de su hermano Angel no es más que el común denominador del amor y dolor

sentido por ambos por la muerte de la madre. Desde el principio de este poema en prosa, la inquietud por lo existencial es patente, ya que hay como una aceptación a la desaparición de la madre. El recreo de la naturaleza y su encuentro con ella después de tantos años de ausencia, es un afán por la continuidad instalada en el eterno gran círculo. Al mismo tiempo la angustia no le deja y hace que el relato poético adquiriera todos los perfiles del Génesis y Apocalipsis que se encuentran en algún extremo, dificultando al máximo la localización del principio o final de cualquiera de los dos. Lo mágico y estético tienden a embalsamar lo preocupante, lográndolo en mucho, pues es cuando más se ponen de manifiesto la sensibilidad costumbrista y patriótica de Vallejo y ese peruanismo universal que no le iría a abandonar jamás. Pero estos últimos ingredientes que en otro autor correrían el riesgo de declinar hacia el folclorismo, en Vallejo no son más que segmentos anhelantes de vida, vértebras de las muchas que constituyen su múltiple estructura. Reparto que en ninguna forma le debilita y sí le incita a un deambular estético por el camino trazado desde el consejo:

No olvides en tu sueño pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba,
pero al llegar, asume
un caótico aroma de asta muerta.

No sólo en «Pero antes que se acabe» está el continuo dar una de cal y otra de arena, familiar en todo el quehacer vallejiano. Parece que en la reconversión a la que menudo acude existiera la firme advertencia de que no nos dejemos sorprender, pues a cada recodo la vida (o la muerte disfrazada de ella) esconde una puñalada traidora. No habrá miel sin moscas ni presea sin inhumano esfuerzo. Todo ha de costar lágrimas de sangre, quizá porque el destino del hombre, parido con tanto dolor de mujer, sea cambiante por altísimo precio. Si a una vida que en algún momento puede resultar agradable y dadivosa se le extraen gotas de aroma, habrá que anotarla en la larga ristra de la existencia... sucesión de aromas o de hieles.

El ser vallejiano, ante tanta ingratitud como es el pagar este alto precio, además tiene la desgracia, o la fortuna por etapas, de ser uno eterno, condenado a contemplar y evocar todo con lastimeras reflexiones.

Murió mi eternidad y estoy velándola

Es el verso inmortal que remata «La violencia de las horas», ese réquiem ante la desolación por las personas fallecidas y el mundo de la niñez y juventud en ruinas.

Vallejo peleó siempre a favor de la autenticidad ya que la suya era bandera de lo genuino a cualquier precio. Cuando la aparición de las vanguardias en la década de los veinte no se pronuncia contra ello de una manera frontal, sino con la sana intención de hacer de abogado del diablo. Veía en los nuevos movimientos la frontera de épocas muy distintas y asistía jubiloso, pero con la intención de aprovecharse al máximo y así hacérselo entender a quienes le rodeaban. Sentía una inmensa preocupación por el deslinde hacia la vulgaridad, presintiendo qué era lo que estaba sucediendo, presas como estaban las nuevas generaciones ante el maremágnum del progreso que les avasallaba. Para un mundo sumergido hasta ese momento en ciertas tinieblas, la ocasión para pre-

cipitarse en equívocos estaba al alcance de la mano. Vallejo pretendía hacer de faro, de luz conductora hacia una nueva y auténtica poesía.

La aparición de *Trilce* supone la aproximación definitiva de César Vallejo a las nuevas tendencias; no sólo la del insigne peruano, sino la de buena parte de Hispanoamérica. Pero Vallejo era conciso: si se había desertado o liberado del modernismo, ojo avizor tendría que escribirse para no caer en nuevos vicios que propugnaran oscurantismo. El modernismo cumplió fielmente una etapa de la que los vanguardistas debían sentirse herederos, pero como todo en la vida, tenía que ser reemplazado. Es más: con dignidad, el merecido honor hacia aquello que cumplió un deber con la más alta de las paternidades. Por lo tanto, la nueva época de electricidad, aeronáutica, telégrafo, ferrocarril, radio, etc., no debería ser espejo que copiara anticreativamente cómo funcionaban esos aparatos, sino que en medio de la dinámica del poema, nos hiciera sentir cómo era un cinematógrafo, sin necesidad de encerrarnos en una sala oscura.

Moldes que ampliaba Vallejo no sólo al estricto círculo del tecnicismo, sino a otros elementos hermetizadores como el nacionalismo o los prejuicios raciales. Su indigenismo no sería más que una excusa poética; nunca una bandera de enfrentamientos o coacción. Si era necesario enfrentarse con los *ismos* de antes de la muerte de Rubén Darío, también era menester hacerlo con los nacientes. Por eso Vallejo prescindió de recetas, conceptos preelaborados que enconcertaran lo que tendría que ser creación pura y diáfana.

La literatura hispanoamericana de esos años tiene el compromiso de renovarse ante un continente que asiste entre atónito y entusiasmado a la tecnología y a los cambios políticos que necesariamente se tienen que derivar de ello. Es lógico suponer la fuerza de gravedad que semejantes acontecimientos tienen sobre todo lo cultural y en especial lo literario, habida cuenta del choque frontal que ejerce la palabra como mensajera del pensamiento. Entonces los nuevos escritores hispanoamericanos no tienen más remedio que dejarse impregnar de lo recién salido del horno europeo y transplantarlo con nuevos aires a una idiosincrasia que se supone dispuesta. La emotividad de sus mentores hacía ver en la masa destinataria proclividades en muchos casos inexistentes, muro ante el que no cabía detenerse, pues en la empresa se iba la nueva vida que querían germinar como alborada de otra época. Formas que no eran más que incómodos ropajes como la sintaxis, la declamación y la retórica, unidas a corsés como la musicalidad rítmica, la métrica y las aritméticas estrofas, se estaban viendo zarandeadas por las innovaciones del verso libre y la deserción temática. Imágenes que pretendían llevar toda una carga visual, y que a menudo la lograban, eran la presentación de la nueva poesía, la que a su vez pretendía ir de la mano de las obras en prosa y de las otras manifestaciones artísticas como la pintura y la escultura. Nacen las primeras publicaciones abiertamente vanguardistas como *Proa*, de Buenos Aires, y *Actual*, vocera de los estridentistas mexicanos. La nueva literatura había surgido, ante los ojos de un público que sin lugar a dudas no estaba preparado para formas totalmente chocantes con el lirismo almibarado y el verso épico, cantor de trasnochados patriotismos.

No obstante, Vallejo no «se apunta» de forma ciega a lo que considera más como lucubración modista que verdadera revolución literaria. Se sirve, sí, de las nuevas técnicas, no para hacer de ellas la razón de la misma razón, sino como mero vehículo de

lo que nunca debe morir, la poesía. El esfuerzo avasallador de sus coetáneos lo ve como simple plagio y acusa a su generación de poco menos que impotencia. No hay en ellos la sensibilidad necesaria para la simbiosis a que llaman los nuevos momentos. Todo es lúdico y mimetista, en un afán de disfrazar como literario a triquiñuelas como los blancos espaciales, desarticulación del lenguaje, abandono de la puntuación porque sí, vaguedad en los conceptos. Lo que no deja de desconcertar, si *Trilce* se lee de una forma rápida y sin sopesar debidamente el ritmo interno, gravitacional, del poemario.

Prueba de lo expuesto anteriormente de lo remachado por Vallejo en el sentido de que las formas no eran malas si se hacía de ellas instrumento y no motivo final para disfrazar como poesía y creación lo que no era nada. En absoluto; ni siquiera ir por caminos trillados del antiguo modernismo. Pura y simple falsificación. Duro tendría que resultar en años posteriores a autores como Pablo Neruda, Jorge Luis Borges o Manuel Apley Arce que César Vallejo tratara creaciones suyas de aquellos días como «grotesca pesadilla simiesca», carentes de fisonomía propia. Todo el *Fervor...* que Borges vuelca en ... *de Buenos Aires* lo califica Vallejo de falso y epidérmico, como el latinoamericanismo de Gabriela Mistral. Ausente todo ello del timbre humano, el latido vital y sincero del que el artista tendría que ser fiel cancerbero, pues para eso había sido escogido por la naturaleza, quien en sus inescrutables leyes llama a ciertos seres al sacerdocio de la poesía.

El camino abierto por Vicente Huidobro con la publicación de *El espejo de agua* en 1916, parecía cegarse por la inercia de quienes no sabían, o no querían, receptar su mensaje. La angustia de Vallejo era patente y a ello podremos achacar la afortunada aparición de *Trilce* en 1922, justo en el momento fronterizo en que las influencias se enseñoreaban del terreno latinoamericano y había que dar el aldabonazo a lo que, según Vallejo, era la senda equívocada. Sin embargo, no deja de sorprender la cantidad de formas que el mismo Vallejo censuraría, a tenor de lo expuesto por él, en escritos como «Contra el secreto profesional», publicado en *Variedades*, de Lima, en 1927. El látigo se convierte en autoflagelo al leer estrofas como,

Aire, aire! Hielo!
Si al menos el calor (... Mejor
no digo nada

de la entrega número XXXII de *Trilce*. Quizás la intención del autor no es más que dar la de cal y arena que se me antoja patente en el libro, en un claro intento de «demostrarle» a los que detraía que también era «capaz» de los espacios en blanco, renglones y paréntesis sin ton ni son. Enfrentando a esto y haciéndolo volar felizmente de la memoria, auténticas joyas como,

Piano oscuro ¿a quién atisbas
con tu sordera que me oye.
con tu mudez que me asorda?
Oh pulso misterioso.

del poema XLIV del debatido libro. La opinión de César Vallejo al respecto de toda esta problemática de sus días es sólo palpable a raíz de la lectura mesurada de *Trilce* y de las entregas periodísticas donde se pronuncia abiertamente sobre el tema.

La sensibilidad poética de Vallejo no se detuvo solamente en la plasmación de metáforas y en la investigación hacia nuevos caminos de vanguardia. Su contribución iría más allá en el campo del humanismo, si es que la literatura no era ya en sí un inmenso laboratorio de experimentación por lo humano. Pero los problemas de la sociedad se solucionan aplicando medidas técnicas y científicas y es cuando nace la política como tal. Vallejo es consciente de ello y se acerca a la política guiado por ese *cristianismo militante*, pero no militarista, que practicaba. Al Vallejo en cierta medida «ofendido» con Dios se anteponía el conciliador, aquel que deseaba extractar de la enseñanza religiosa el bálsamo para aliviar dolencias sociales.

Es así como en la redacción de *Tungsteno* el poeta cede el paso al heraldo de la denuncia, aprovechando los nuevos aires que mecían al mundo con una revolución socialista en la Rusia de los zares, triunfante ya, y los cambios que se avecinaban o adivinaban en otras partes del mundo, al socaire de la gran gesta de Lenin. La industrialización a gran escala de los Estados Unidos obligaba a la búsqueda de materias primas allí donde las hubiera y en la misión no se contemplaba en mucho a la ética y sí a la eficacia. Cualidad que venía a respaldar el afán de enriquecimiento de las clases dirigentes de los países productores, dinámica palpitante en nuestros días.

Las fértiles sierras del Perú encerraban algo más que una tierra propicia a todo tipo de agricultura. Y prácticamente no tenían dueño, si se tiene en cuenta el poco respeto hacia los naturales, considerados meros ocupantes y nunca legales propietarios de lo suyo desde épocas inmemoriales. Los soras ven con indiferencia, a incluso cierto regocijo irónico, aquel despliegue de mecanización, inmigración y afán por extraer de las entrañas de la madre tierra una cosa que despertaba en los nuevos conquistadores la fiebre que en su día encegueció a otros por el oro. Este era el tungsteno o wolframio, material útil para la fabricación de tubos fluorescentes. César Vallejo decide hacer de cronista de la nueva época y cuelga la lira en algún clavo de su alma. Es la hora de denunciar con letras lo que está pasando en su país, el saqueo y los atropellos. La forma de hacer política de Vallejo no es quizá la óptima, pues poco o nada se va a remover la conciencia del explotador con novelas o versos, sino con acciones de mayor envergadura y contundencia. Acaso fiel a la consigna que más combate la pluma que la espada, hace de su *Tungsteno* ese arma con la que espera redimir lo irredimible.

Y es que la sociedad peruana, e hispanoamericana en general, no estaba por aquella época en las condiciones objetivas como para tomar conciencia política. Había que desarrollarse a cualquier precio y pesaba mucho la carga —y hasta el complejo de inferioridad— de que del Norte tendría que venir toda directriz. El continente latino no era capaz de encarar los nuevos tiempos, culpa del secular atraso. Las riquezas deberían ser aprovechadas por quien de verdad sabría sacarles rendimiento. También que la vibrante Revolución soviética era un acontecimiento lejano, otra más de las guerras europeas, con un cambio de régimen en el que ahora no brillaba la corona de ningún rey, sino la banda pectoral de un presidente. Aunque a éste se le representara en humilde traje de obrero y ya se empezara a tejer la leyenda de su ateísmo recalcitrante. Pero como los sucesos de Rusia no amenazaban con plasmarse en realidad social en América, los soviets aún no salían representando a encarnaciones polares de Lucifer. Serían una pesadilla remota, enmascarable con un simple folclorismo.

El Vallejo que escribe *Tungsteno* es uno ya instalado en Europa y en la dinámica de los nuevos tiempos. Pereda escribió aquello de... «la lejanía es el telescopio apropiado para observar la tierra donde se vistió la primera camisa». Pero ha tenido que vivir en la Sierra peruana, padeciendo fríos y otros rigores, para sentir en su piel la injusticia de los mineros y la desilusión de los soras que veían cómo cada día se les desposeía de las tierras y se iban convirtiendo en extranjeros en su propio país. César Vallejo llevaba adherida a su piel aquella épica y aunque estuviera preparado para escribir otra obra que fuera una renovación o avance estético de lo vertido en *Trilce*, la misión política, y por ende humanística, le gritaba muy profundo como para exclamar:

¡Salud, oh, creadores de la profundidad!

Profundidad que fue toda una constante en la épica vallejana. Lo prematuro de su muerte no es suficiente para decir de su obra que está inacabada; hubiera podido hacer mucho más, pues material le sobraba. Pero la huida, la deserción de su mismo ser, que pudiera ser interpretada como abandono total en el momento de advertir cualquier asomo de frivolidad, hicieron de César Vallejo un ser cuidadoso y responsable al máximo. Lo dado a la imprenta tendría que ir teñido de autenticidad, la que le iba dando la lejanía; telescopio que se hacía urgente acicate.

Todos los revolucionarios han creído que su revolución es la última. De esto no se puede acusar a Vallejo ni a nadie; él, como todo, creía que la suya era la gran ocasión que estaban viendo los siglos y que una vez abordada se abriría a su país y a toda la América hispana. Para nada se molestó en comprobar el grado de conscientización de su pueblo, quizás creyendo que a partir de la iniquidad traída a cuento en *Tungsteno*, el impacto internacional iba a ser tal que conmovería a importantes sectores de opinión a ambos lados del Atlántico. Vallejo tal vez pecó de cierta ingenuidad al imaginar al mundo hispanoamericano sensible o maduro para emprender una gesta como la que había sacudido a Rusia o estaba a punto de interesar a la España antiborbónica.

Pero lo importante para Vallejo era la denuncia urgente de una realidad que no podía esperar más tiempo, pues éste apremiaba y su país, y en general toda Hispanoamérica, se rezagaban. Si ante el surgir de las vanguardias literarias, aquel mundo se había visto sorprendido, no era conveniente que sucediera lo mismo con los acontecimientos políticos, más importantes, si se quiere, que la misma estética. Todo apuntaba a un desenvolvimiento dramático y César Vallejo parece intuirlo así y reflejarlo en obras como *Paco Yunque*, en donde se adivina al Vallejo dramaturgo. El poeta ya ha cedido demasiado al «denunciador» social y éste se escora hacia formas más plásticas. No es que *Paco Yunque* sea de hecho una pieza teatral, pero sí se podría hacer de ella una adaptación de este tipo a tenor de cómo están planteados muchos de sus aspectos. El tono altisonante de los diálogos resalta el carácter de denuncia que le quiere dar el autor, puesto que más que conversar, los personajes se increpan desde órbitas marcadas por la clase social de la que proceden. La narración es, en extenso, el material donde se podían tomar las acotaciones que solidifiquen el movimiento de los autores en escena. «Silencios» y «tempos» pueden fácilmente extraerse de lo que a primera vista es una novela corta, o cuento largo, desapareciendo lo lírico como en el caso de *Tungsteno*.

Al sacrificar de esta forma a la literatura, Vallejo no ha cometido el delito que muchas veces quiere imputársele a los intelectuales cuando intervienen de forma compro-

metida en el mundo social. Un creador es una especie de papel secante, dada su sensibilidad, y por lo tanto no puede ser inmune a la realidad que le rodea. Máxime en países donde la clase política como tal apenas ha existido y son estamentos como la Iglesia y el Ejército los que han ocupado el puesto que una verdadera jerarquía ideológica está llamada a desempeñar. Sería prolijo, como inútil, abundar en estas líneas al respecto, pero sí señalar que Vallejo, el poeta que de alguna manera «aparca» el verso y se mete en lo racional, político, es aquel que cumple con un deber a que está llamado como figura, a la fuerza, representativa de su sociedad. El pretendido desarrollo industrial y el cacareado progreso, no son más que la perpetuación del saqueo y la explotación del Continente que estaba teniendo sus objetores y agentes encargados de denunciarle. La política como tal se hallaba en pañales y más la que estuviera al servicio de las masas populares y las causas reivindicativas.

El mismo Vallejo que escribe *Tungsteno* y *Paco Yunque*, es el que viaja a la Unión Soviética en busca de la esencia que la Revolución emanaba, quizá con la esperanza de trasmitirla a sus escritos y de ahí a la realidad social de la que se sentía deudor y al mismo tiempo destinatario. Dinámico a la que acudía jubiloso, llevando consigo materiales como lo autóctono y navegando en ello con la sabia solvencia de quien se sabe heraldo de un legado cultural, el que enarbola sin ninguna acritud.

El indigenismo de Vallejo no fue nunca una postura militante que aspirara a reivindicaciones de ningún tipo. En un país como el suyo, de la importancia cultural inca del pasado y con una herencia innegable, sería fácil que alguien como él se dedicara a enarbolar banderas con algún fin, especialmente político. Pero el César Vallejo incaico sabía de la marcha de la historia y del cambio de los tiempos que se suceden de forma inexorable. El otrora glorioso imperio era algo para extractar enseñanzas, aprovechando lo vivo, lo actual. Y así procedió a hacerlo trayendo a la novela corta —poética la prosa— la pompa y la sólida estructura militar y económica del Estado de Tupac Yupanqui.

Alejado completamente del lamento y la nostalgia fofa, Vallejo exalta por medio de la épica, la forma como se deben construir los imperios y las civilizaciones. No acude al socorrido sistema de evocar lo incaico como algo pleno de justicia y santidad que los bárbaros vinieron a deshacer para saciar su sed de oro y posesiones. El Imperio del Sol está en las mismas condiciones que el de sus Majestades Católicas, sólo que un atraso en la logística y el armamento permitieron la conquista para el rey español. En *Hacia el reino de los Sciris*, se plasma el indigenismo a que todo buen indigenista puede aspirar. Una sociedad próspera, ambiciosa —como todas las de la humanidad— por ampliar sus límites de poderío y recursos a costa de sus vecinos. Es triste decirlo así, pero no hay otra verdad para ilustrar el cuadro de desgracias que desde siempre ha asolado al género humano. Viejo es el adagio de que el hombre es un lobo para el hombre; en *Hacia el reino...* nos encontramos con la misma situación a la que asistimos si leemos la historia del mundo antiguo, euro-asiático. En la América india había un poderío ejercido por los más fuertes, diestros, cultos, espabilados o como se quiera; tal iniquidad no fue importada desde España. Estaba allí por la simple razón de que los indios son seres humanos como cualesquiera otros y los quechuas, hijos del Sol, o se expandían y conquistaban, o lo serían ellos por los diversos Estados que les rodeaban.

Consiste el indigenismo de César Vallejo en mostrar a sus antepasados no como débiles criaturas sino todo lo contrario. Y esta debilidad no es sólo concerniente a la fuerza en sí, sino en lo cultural y arraigadamente religioso. El Incanato era fuerte, con unas bases que eran inmediatamente transmitidas a los pueblos que caían bajo su yugo; misión que no se interrumpió en ningún momento desde la constitución del Estado a inspiración sobrenatural de Viracocha. La llegada de Francisco Pizarro y los suyos frustró ese proyecto expansivo de dimensiones insospechadas, al que asistiríamos hoy, contemplando un mapa del Imperio del Sol copando, tal vez, toda la silueta americana. Pero el Tahuantinsuyu estaba amenazado de muerte por las disputas dinásticas de ambos hermanos, Huascar y Atahualpa, hijos de Huayna Capac. La reciente conquista de Cuzco por el segundo, no era la consumación de su poderío, pues el resentimiento era grande y la estabilidad política no iba a durar tanto. Es lógico pensar que la debilidad del Imperio en sí facilitó las cosas a los españoles y no vale la pena engrosar más la leyenda negra. Lo que sí es de recibo es poner las cosas en su justo punto y sacar el brillo necesario.

Lustre que en *Hacia el reino de los Sciris* no tiene nada que envidiar al conjunto de la obra de Vallejo, donde esta vez la poesía no ha cedido un ápice a la argumentación histórica, y antes por el contrario, hay una clara disposición de hacer el mejor indigenismo posible. Resaltando la pompa de una civilización en la plenitud de su gloria y no la presentación melindrosa de la archisabida mala historia de la conquista. Qué mejor, para alguien que se considera miembro o natural de una colectividad, que representarla con el brillo que César Vallejo hace en esta corta pero inmensa novela. Mucho mejor que si el escritor se hubiera puesto a la llorosa tarea de escenificar la captura de Atahualpa y las exigencias para su rescate. Vallejo se convierte así en un Homero quechua que teje con luminosidad el esplendor de su civilización; del otro costado de su ser. Las dos sangres nunca le abandonaron ni mucho menos le traicionaron, una en beneficio cobarde de la otra. Vallejo supo toda la vida ser indio y español, enarbolando un mestizaje hidalgo, fiel descendiente de lo quiijotesco y lo quechua.

El indigenismo que desciende a ciertas arenas de combate sólo le vemos en entregas como *Tungsteno*, donde no sólo una etnia específica es víctima del atropello sino todo el cuerpo social peruano. Aquí ya vemos una colectividad indígena en una situación de arbitrariedad, pero no como resultado de su condición racial; quizá se acentúe más la explotación hacia los soras por ser un grupo humano no demasiado incluido en el resto de la comunidad y carezca de la movilidad de la gran masa mestiza. Movilidad en el sentido de conocimiento y contacto con la realidad ágil y vertiginosa del mundo contemporáneo. Sobre el sora recaerá el mayor grado de iniquidad, pagando así el alto precio por conservar una vida milenaria, su ancestral contacto con la naturaleza y realidad idiosincrática.

No obstante, no se puede hablar de esta obra como la definitiva aportación de César Vallejo al indigenismo lacrimoso a que hemos hecho referencia. No existe como tal en su obra. Jamás se apoyó en tan gratuita circunstancia para exaltar los valores de su pueblo; un pueblo que como todos los del continente americano no tiene un solo lado ni espejo para mirarse. Cualquier inclinación racial o unicultural sería desacertada y el caso personal de Vallejo es casi el de millones de hispanoamericanos. Nieto de espa-

ños e indios sabía de la fidelidad que hay que tener por ambas realidades, cabalgando a lomos de lo quijotesco, con la mirada muy en alto, buscando el calor de Inti, del padre Sol.

Lo que nunca se podrá asegurar es si esa doble militancia vallejana fue amable elixir o el cáliz que le suplicaba a España que apartara de él. El horror por el estallido de la Guerra Civil, causa en Vallejo el deber al que se sienten llamados muchos hispanoamericanos con España. Es cuando el concepto de Madre Patria cobra el lustre práctico y deja de ser un mero romanticismo achacable a lacrimosas leyendas que desean demarcarse de la negra. Vallejo acude al llamado de España, de la misma forma que lo hacen Huidobro, Neruda y muchos más, fatigando su calendario de conferencias y reuniones, material que iría a repercutir en *España, aparta de mí este cáliz*. Para todos ellos es urgente que en España se materialice el proyecto de república y liberalidad, pues lo ven como una excelente vitrina para que Hispanoamérica contemple un ejemplo que le es propio y no siga en la obligada imitación de lo anglosajón y francés. Las democracias de estos países, y más concretamente la de los Estados Unidos, eran, y son, referencia obligada pero a la que difícilmente se puede acceder; están por medio etapas históricas imposibles de eludir. El continente hispanoamericano tiene una tesitura diferente. Necesita un ejemplo de su carne y hueso y encuentra en lo español la ocasión que desde hace casi un siglo viene buscando. De ahí que la oportunidad haya que aprovecharla y en el momento del desastre, todos los mecanismos se activen.

El pragmatismo de estos poetas e intelectuales se manifiesta a la hora de diferenciar claramente entre romanticismo y realidad. Llamam a España, pero saben hacerlo y así lo constatan cuando se producen los llamamientos del general Franco al quimérico nuevo «imperio español». Vallejo reacciona, precisando lo que para él es salvable como legado común, pero inconcebible a niveles estrictamente históricos. La España preconizada por Franco no es más que la que supervive en el caciquismo hispanoamericano, su anacronismo católico y omnipotencia militar. Vallejo siente a España, al tiempo que la obliga a dar pasos gigantescos en la historia, pues es la suya propia la que está en juego y hay que salvarla a toda costa.

si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

Quizá su mermada salud le impidió tomar un fusil para defender con el fuego aquello que trataba de salvar con la pluma. Pero ahí estaba por él ese «miliciano de huesos fidedignos» que marchaba en vanguardia. Proclamando el orgullo humano, anteponiéndolo al «orgullo de raza» que exaltaban otros y del que Vallejo no abominaba en exceso, pero el que más bien traducía como botín ganado por un pueblo en la azarosa historia que le había tocado tejer. Justo lo que había que salvar: las lágrimas y derrotas anteriores para construir sobre ellas el pedestal donde se erigieran los nuevos tiempos y las «ínclitas razas ubérrimas» de su maestro Rubén Darío, supieran de libertad y democracia. La «sangre de Hispania» estaba llamada a ser más *fecunda* que nunca.

Miguel Manrique